

tiempo de lanzar un grito. Cayó de cabeza desde lo alto del acantilado al mar. Se vieron las dos suelas de sus zapatos, no mas que el tiempo que puede verse un relámpago.

Fue como una piedra caída al agua. Todo se volvió á cerrar en pos de él.

Dos ó tres grandes círculos se formaron en el agua sombría.

No quedó mas que el antejo escapado de las manos del guarda costas, que cayó encima de la yerba.

El cuákaro se puso de bruces sobre el borde del es-carpe, miró cómo los círculos se desvanecían en el agua, aguardó algunos minutos, y despues se volvió á enderezar cantando entre dientes:

El buen polizonte ha muerto  
Porque ha perdido la vida.

Se inclinó por segunda vez. No reapareció nada. Pero en el punto en que el guarda costas habia sido engullido, se formó en la superficie del agua una especie de nube rojiza que se dilataba con el balance de las olas.

Era probable que el guarda costas se habia roto el cráneo contra alguna roca submarina. Su sangre subia y formaba una mancha en la espuma. El cuákaro, contemplando esta mancha rojiza, exclamó:

Muy poco antes de su muerte

Estaba de vida lleno....

No concluyó.

Oyó detrás de él una voz muy melosa que decia:

—¿Estais aquí, Rantaine? Buenos dias. Acabais de matar á un hombre.

Se volvió, y vió detrás de él, á quince pasos de distancia, á la salida de uno de los espacios que habia entre dos rocas, un hombrecillo que tenia un revolver en la mano.

Respondió:

—Aquí me teneis. Buenos dias, sieur Clubin.

El hombrecillo sintió como un estremecimiento.

—¿Me reconocéis?

—Tambien vos me habeis reconocido á mí, replicó Rantaine.

Se percibia ruido de remos que golpeaban el mar. Era la embarcacion observada por el guarda costas, que se acercaba.

Sieur Clubin dijo á media voz, como hablándose á sí mismo:

—La cosa se ha hecho pronto.

—¿En qué puedo serviros? preguntó Rantaine.

—En muy poca cosa. Hace próximamente diez años que no os habia visto. Habreis hecho buenos negocios. ¿Qué tal os va?

—Bien, dijo Rantaine. ¿Y vos?

—Muy bien, respondió sieur Clubin.

Rantaine dió un paso hácia sieur Clubin.

Un ruido secó llegó á su oido. Era sieur Clubin que amartillaba el revolver.



—Rantaine, estamos á quince pasos uno de otro. Es buena distancia. Permaneced donde estais.

—¿De esas tenemos? dijo Rantaine, ¿qué me quereis?

—Quiero que hablemos.

Rantaine no se movió. Sieur Clubin repuso:

—Acabais de asesinar á un guarda costas.

Rantaine levantó el ala de su sombrero, y respondió:

—Me habeis hecho ya el honor de decírmelo otra vez.

—En términos menos precisos. Antes habia dicho: un hombre, ahora digo: un guarda costas. El guarda costas asesinado llevaba el número 619. Era padre de familia, Tenia una mujer y cinco hijos.

—Asi será, dijo Rantaine.

Hubo una pausa imperceptible.

—Los guarda costas, prosiguió Clubin, son hombres escogidos, casi todos antiguos marinos.

—He notado, dijo Rantaine, que en general todos los que mueren dejan una mujer y cinco hijos.

Sieur Clubin continuó:

—Adivinad cuánto me ha costado este revolver.

—Es una buena pieza, respondió Rantaine.

—¿Cuánto os parece que vale?

—Debe valer mucho.

—Me ha costado 144 francos.

—Lo habeis comprado, dijo Rantaine, en la tienda de armas de la calle Coutanchez.

Clubin repuso:

—No ha gritado. La caída corta la voz.

—Sieur Clubin, esta noche hará viento.

—Yo solo estoy en el secreto.

—¿Seguís hospedándoos en la posada Jean? preguntó Rantaine.

—Sí. No se está allí mal.

—Me acuerdo de haber comido allí buenas berzas ácidas.

—Vos debeis ser escesivamente fuerte, Rantaine. Teneis espaldas muy anchas. No quisiera recibir un capiro-tazo vuestro. Yo, cuando naací, estaba tan encanijado y enclenque, que no creían lograrne.

—Felizmente, se equivocaron.

—Pues sí, como íbamos diciendo, sigo en la antigua posada Jean.

—¿Sabeis, sieur Clubin, por qué os he reconocido? Porque vos me habeis reconocido á mí. Yo he dicho: Para eso no hay mas que Clubin.

Y dió un paso adelante.

—Volveos donde estábais, Rantaine.

Rantaine retrocedió, y dijo para sí:

—Un hombre se vuelve un niño delante de esas máquinas.

Sieur Clubin prosiguió:

—Situacion. Tenemos á la derecha, por el lado de Saint-Engat, á trescientos pasos de aquí, otro guarda costas, el número 618 que vive; á la izquierda, por el lado de Saint-Lunaire, un puesto de aduaneros. Total: siete hombres armados que pueden estar aquí antes de cinco minutos. La roca será cercada. La garganta del cerro



custodiada. Imposible evadirse. Hay un cadáver al pie del acantilado.

Rantaine echó al revolver una mirada oblicua.

—Como vos decís, Rantaine, es una hermosa pieza. Acaso esté cargado con pólvora sola. ¿Pero qué importa? Basta el ruido del tiro para hacer acudir la fuerza armada. Puedo disparar seis.

El choque alternativo de los remos se hacia mas distinto. El bote no estaba lejos.

El hombre alto miraba al otro de una manera estraña. Sieur Clubin hablaba con una voz mas tranquila y melifua.

—Rantaine, los hombres del bote próximo á llegar, sabiendo lo que acabais de hacer aquí, ayudarán á prenderos. Vos por vuestro pasaje pagais 10,000 francos al capitán Zuela. Entre paréntesis, os hubieran costado menos los contrabandistas de Plainmont; pero ellos no os hubieran llevado mas que á Inglaterra, y, por otra parte, no podeis arriesgaros á ir á Guernesey donde tienen el honor de conoceros. Vuelvo á la situacion. Si hago fuego, os prenden. Diez mil francos dais á Zuela por vuestra fuga, y le habeis ya dado 5,000 adelantados. Zuela se quedaria con ellos, y se marcharia tan guapamente. Hé aquí todo. Rantaine, estais bien disfrazado. Ese sombrero, ese leviton y esas polainas os trasforman. Habeis olvidado los anteojos. Habeis hecho bien en dejaros las patillas.

Rantaine contestó con una sonrisa bastante parecida á un rechino. Clubin continuó:

—Rantaine, llevais unos calzones americanos que tienen dos bolsillos. En el uno está vuestro reloj. Guardadlo.

—Gracias, sieur Clubin.

—En el otro hay una cajita de hierro que se abre y cierra por medio de un resorte. Es una antigua caja de tabaco de marineró. Sacadla de vuestro bolsillo, y echádmela.

—¡Pero eso es un robo!

—Teneis libertad para llamar á la guardia.

Y Clubin miró fijamente á Rantaine.

—Oidme, mess Clubin... dijo Rantaine dando un paso y tendiendo su mano abierta.

*Mess* era una adulacion.

—Permaneced donde estais, Rantaine.

—Mess Clubin, arreglémonos. Os ofrezco la mitad.

Clubin se cruzó de brazos y ladeó un poco hácia Rantaine las seis bocas de su revolver.

—Rantaine, ¿por quién me tomais? Yo soy un hombre honrado.

Y añadió despues de una pausa:

—Lo necesito todo.

Rantaine murmuró entre dientes:—Es hombre que no se anda en chiquitas.

Los ojos de Clubin empezaban á echar fuego. Su voz se hizo sonora y cortante como el acero, y exclamó:

—Veo que os engañais. Sois vos quien se llama Robo, yo me llamo Restitucion. Rantaine, escuchad. Diez años



atrás os fuisteis de noche de Guernesey tomando de la caja de una asociación 50,000 francos que eran vuestros, y olvidándoos de dejar en ella 50,000 francos que eran de otro. Esos 50,000 francos, robados por vos á vuestro asociado, el excelente y digno mess Lethierry, forman hoy con los intereses compuestos durante diez años 80,666 francos 66 céntimos. Ayer fuisteis á casa de un cambista. Voy á nombrároslo: Rebuchet, calle de Saint-Vincent. Le habeis contado 76,000 francos en billetes de banco franceses, contra los cuales os ha dado tres bank-notes de Inglaterra de 1,000 libras esterlinas cada uno, sin contar el pico. Habeis metido los banks-notes en la cajita de hierro, y la cajita de hierro en vuestro bolsillo de la derecha. Esas 3,000 libras esterlinas equivalen á 75,000 francos, con los cuales, en nombre de mess Lethierry, me daré por satisfecho. Mañana parto para Guernesey, y pienso llevárselos. Rantaine, la fragata que está allí en facha es la *Tamaulipas*. En ella habeis hecho embarcar esta noche vuestros cofres confundidos con los sacos y maletas de la tripulación. Os marchais de Francia. Vuestras razones tendreis para ello. Vais á Arequipa. El bote viene á buscaros. Le aguardais aquí. Ya llega. Ya se oye el ruido de sus remos. De mí depende el que par-tais ó el que os prendan. Basta de palabras. Echadme la cajita de hierro.

Rantaine metió la mano en el bolsillo, sacó una cajita y la echó á Clubin. Era la cajita de hierro. Fue rodando hasta los pies de Clubin.

Clubin se inclinó sin bajar la cabeza, y cogió la cajita con la mano izquierda, teniendo dirigidos á Rantaine sus dos ojos y los seis cañones del revolver.

Después gritó:

—Camarada, volveos de espaldas.

Rantaine se volvió de espaldas.

Sieur Clubin se puso el revolver debajo del sobaco, y tocó el resorte de la cajita. Esta se abrió.

Contenia cuatro bank-notes, tres de 1,000 libras y uno de 10.

Volvió á doblar los tres bank-notes de 1,000 libras, los colocó de nuevo en la cajita de hierro, cerró la cajita y la metió en su bolsillo.

Cogió después un guijarro del suelo. Lo envolvió con el billete de 10 libras, y dijo:

—Volveos.

Rantaine se volvió.

Sieur Clubin repuso:

—Ya os he dicho que me contentaria con 3,000 libras. Hé aquí 10 que os devuelvo.

Y echó á Rantaine el billete á que el guijarro servia de lastre. Rantaine de un puntapie echó el bank-note y el guijarro al mar.

—Como querais, dijo Clubin. Vamos, veo que debeis ser rico. Estoy tranquilo.

El ruido de los remos, que durante este diálogo se habia ido acercando continuamente, cesó, lo que indicaba que el bote habia llegado al pie del acantilado.



—Teneis abajo el bote, Rantaine. Podeis marcharos.

Rantaine se dirigió hácia la escalera, y se hundió en ella.

Clubin se acercó con precaucion al borde del escarpe, y avanzando la cabeza, miró como bajaba.

El bote estaba atracado cerca del último peldaño de rocas, en el punto mismo en que habia caido el guarda costas.

Al mismo tiempo que veia bajar á Rantaine, Clubin murmuró:

—¡Buen número 619! Él creia estar solo. Rantaine creia que no eran mas que dos. Yo solo sabia que éramos tres.

Vió á sus pies encima de la yerba el antejo que habia dejado caer el guarda costas, y lo recogió.

Volvió á empezar el ruido de los remos. Rantaine acababa de saltar á la embarcacion, y el bote se hizo á la mar.

Cuando Rantaine estuvo en el bote, despues de los primeros golpes de remo, que iban dejando atrás el acantilado, se puso de repente en pie, su cara se hizo monstruosa, enseñó los puños y exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡hasta el mismo diablo es un canalla!

Algunos segundos despues, Clubin, desde lo alto del acantilado, asestando al bote el antejo de larga vista, oia distintamente estas palabras articuladas por una voz estentórea que dominaba el ruido del mar.

—Sieur Clubin, sois un hombre honrado; pero no os

parecerá mal que escriba á Lethierry para participarle lo que ha pasado, y hay aquí en el bote un marinero de Guernesey que es de la tripulacion del *Tamaulipas*, y se llama Alsier-Tostevin, el cual regresará á Saint-Malo en el próximo viaje de Zuch, y atestiguará que os he remitido para mess Lethierry la suma de 3,000 libras esterlinas.

Era la voz de Rantaine.

Clubin era hombre que hacia bien las cosas. Inmóvil como habia estado el guarda costas, y en el mismo sitio, con el antejo fijo en la pupila, ni un solo instante dejó de tener el bote asido de su mirada.

Le vió decrecer en las olas, aparecer y reaparecer, acercarse al buque en facha, llegar á él y atracar, y pudo reconocer la elevada estatura de Rantaine en la cubierta del *Tamaulipas*.

Cuando subieron el bote á bordo y estuvo suspendido de los pescantes, el *Tamaulipas* empezó á maniobrar para hacerse á la mar.

El viento, que era de tierra, hinchó todas sus velas; el antejo de Clubin permaneció encarado á aquella silueta mas y mas simplificada, y, media hora despues, el *Tamaulipas* no era ya mas que un cuerpo negro que se empequeñecia en el horizonte, pintándose á lo lejos en el pálido cielo del crepúsculo.